

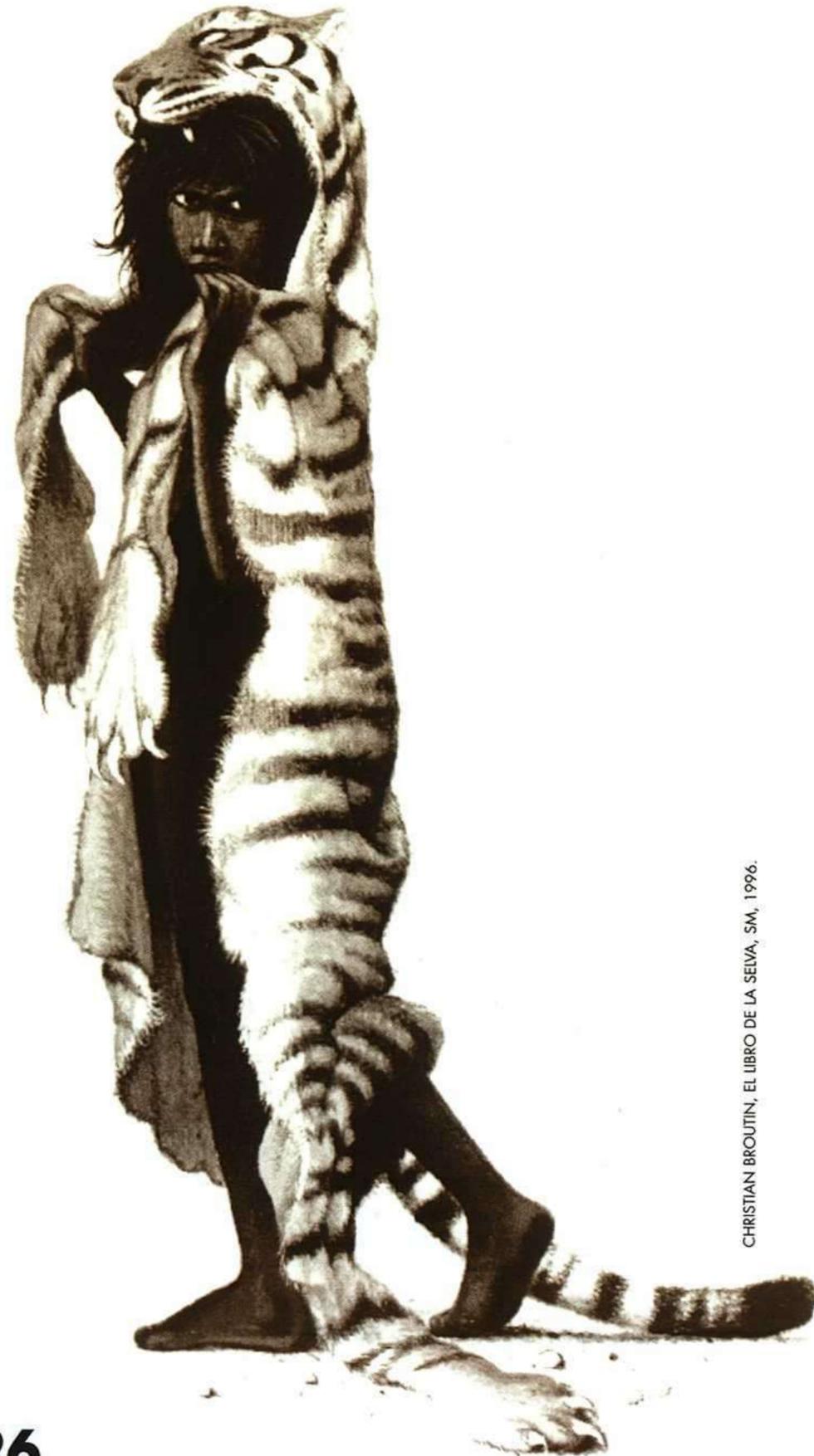
RUDYARD KIPLING

Una fábula sobre el mundo

Los dos *Libros de la selva*

por Juan Tébar*

El libro de la selva y El segundo libro de la selva, su secuela, son los best-sellers dentro de la obra de Kipling, por los que es más conocido popularmente. Mowgli se ha convertido en un personaje mítico dentro de nuestra cultura, cuyo atractivo reside, quizás, en su ambigüedad, que le lleva a desear ser lobo, pero sin renunciar a la llamada irresistible del hombre. Kipling escribió las historias que componen ambos libros en Estados Unidos, en 1892, durante uno de los períodos más inciertos de su vida, y en medio de un duro invierno blanco e inacabable. Aun así, concibió esta obra «que es sátira, es cantar de gesta, es música y poesía, es fábula sobre una selva que es el mundo».



CHRISTIAN BROUTIN, EL LIBRO DE LA SELVA, SM, 1996.

«... Garras, uñas, colmillos: Adelante.
Es la hora del salto y de la presa.
¡Escuchad la llamada y cazad bien,
observando las leyes de la selva!»

De Los hermanos de Mowgli

Hemos llamado *selva* a lo que Kipling tituló *jungle*, aunque algunas ediciones anteriores, para abarcar los diversos escenarios que se incluyen en estos libros, tradujeron «tierras vírgenes», de significado más equívoco.

Se entiende la palabra *selva* de modo amplio, como entorno salvaje donde hay que luchar para sobrevivir. Este mismo concepto sería utilizado metafóricamente al llamar *jungla* a la ciudad, no tan civilizada como parece. Recuérdese el título *La jungla de asfalto*, famosa novela negra, y excelente película, precisamente del kipliniano John Huston.

Kipling escribió un primero —publicado en 1894— y un segundo —que vio la luz al año siguiente— *Libro de la Selva*. Su protagonista principal, el niño criado por los lobos, termina en el primero prácticamente solo y orgulloso, sobre la piel del tigre enemigo, al que por fin ha conseguido matar. Siente orgullo y pesadumbre por su triunfo y su independencia. La canción dice, al final de la historia que nos cuenta el primer libro:

«De mis ojos sale agua, pero me río
entre tanto.

¿Por qué?

Soy dos Mowglis,

pero tengo la piel de Shere Khan

bajo los pies.

Toda la selva sabe que he matado a

Shere Khan.

¡Mirad...! ¡Mirad bien, lobos!

¡Ahae! Me pesa el corazón

por todas las cosas que no entiendo.»

Kipling acaba la aventura de Mowgli anunciando que luego pasaron más años... «Pero esa historia es para los mayores», termina.

Y dedica los tres restantes capítulos del libro a otras historias que nada tienen que ver con Mowgli.

Después de la continuación, que aco-



FRANCESC ALMUNI, PRIMER LIBRO DE LA SELVA, SELECTA, 1962.

metió el año siguiente, y no sólo para los mayores (aunque no contaría en ella el matrimonio de Mowgli, sino sólo su marcha de la selva hacia el mundo del hombre), se dedicó a las aventuras marineras con *The seven seas* y *Capitanes intrépidos*.

En *Many Inventions*, un libro de relato que Kipling escribió justo antes del primer *Libro de la selva*, ya había presentado a Mowgli. Esa primera salida al mundo fue como adulto, en una especie de «premonición posterior» de las futuras historias de su pasado. Pero hablemos ya más en detalle de este personaje antes de entrar en otras criaturas del libro.

Los niños salvajes

La selva, la jungla, la tierra virgen o salvaje de Kipling es un escenario de aprendizaje: el de Mowgli, en este libro; el de Tarzán, en los de Edgar Rice Burroughs, novelas que serían popularísimas veintiún años después de *El libro de la selva*, y cuyo parentesco con las de Kipling se airearía en disfavor del padre literario de Tarzán. Sin embargo, nada tiene que ver Mowgli con el atleta aventurero criado por los monos, sobre todo con el que fuera desvirtuado por el cine. Eso sí, ambos se perdieron en la selva y los dos salvaron su vida gracias a ser adoptados por unos



ALEXANDER KOSHKIN, EL SEGUNDO LIBRO DE LA SELVA, ANAYA, 1988.

animales salvajes. Pero también a Zeus le amamantó la cabra Amaltea, y una loba a Rómulo y Remo, más próximos en esto a Mowgli, inspirado quizás en primer término por esta leyenda.

En la vida real —si verdaderamente es más real que la literaria—, basta leer a Lucien Malson en su tratado sobre los niños salvajes, donde señala más de cincuenta casos auténticos, desde el niño-

lobo de Hesse (1344), pasando por el niño-oso de Lituania citado por Rousseau, hasta Gaspar Hauser, llevado al teatro y al cine.

El caso más popular de todos éstos es, quizás, el de Victor de L'Aveyron. Su verdadera historia sucedió entre 1797-1798 en los bosques de Lacaune y en París, donde Jean Itard consiguió enseñarle el lenguaje de los seres humanos. François Truffaut hizo internacionalmente conocida esta aventura civilizadora en su hermosa película *El pequeño salvaje* (1969), donde también el director interpretaba el personaje que emprende la recuperación del niño hallado sin palabras y sin ropa en los bosques. Itard-Truffaut transmitía a este anti-Mowgli las claves para la comunicación y para una posible comprensión del mundo de los hombres. La tesis de Truffaut es clara. Él ha dicho: «Siempre habrá gente que diga a propósito del salvaje: “Este niño estaba mejor en el bosque...”». Eso no es verdad; en el bosque llevaba una existencia miserable, como atestiguan las cicatrices que tenía en el cuerpo, porque no estaba adaptado a ella... La existencia banal e irrisoria que llevó hasta su muerte a los cuarenta años era mejor que la que había conocido en el bosque, aunque ya no era un animal, pero tampoco era un hombre. Para mí esto es indiscutible.»

Hemos llamado anti-Mowgli a Victor de L'Aveyron precisamente porque las tesis son contrarias. El niño de Kipling es siempre un hombre entre los animales, y su aprendizaje lo realiza en la selva. Poco tendrán luego que enseñarle los hombres. Mowgli sí se ha adaptado a la existencia de peligro y realidades elementales. Y el papel de Jean Itard lo han desempeñado —con mayor éxito— Baloo, el oso, y Bagheera, la pantera. La historia sucede al revés, aunque la moraleja persiga el mismo fin: un hombre ha de realizar un aprendizaje para vivir y para no tener una «existencia miserable». Esa mísera vida puede estar aquí o allá. Unos aprenden en su casa, a otros les toca aprender en la selva. Algunos no llegan a aprender nunca y quizá para ellos sean miserables todas las posibles vidas. Se supone que podríamos concluir todo esto a partir de las distintas historias de *niños salvajes*.



CHRISTIAN BROUTIN, EL LIBRO DE LA SELVA, SM, 1996.



Foto del señor Hill, amigo de Kipling, realizada en la zona de la india donde se desarrolla la acción de los relatos de El libro de la selva.

En cualquier caso, sobrevivirás, niño salvaje de cualquier selva, si comprendes y sigues la ley, si dominas tu entorno, y si obedeces los dictados de la comunidad en la que habitas, sea de gánsters, polis, monos, lobos o educados caballeros. La Ley de la Selva es, en realidad, la Ley de la Vida, la de la sociedad: escucha, pórtate bien, si obedeces, te dejaremos sobrevivir, y si eres el más fuerte, te obedeceremos.

Animales buenos, animales malos

Las bestias que compartirán con Mowgli este trozo del libro no necesitan ser hombres. Bagheera tiene garras, mejor que uñas. Akela, el lobo gris, tiene colmillos y un abrigo natural mucho mejor que los dientes y el atavío de los humanos. Kaa, la serpiente, muda y repone las escamas que protegen su piel, en lugar de exponerla indefensa a la intemperie, como cualquier criatura humana desnuda y lejos de un comercio de ropa.

Como Mowgli, que sí es un hombre, el pobre, pero a quien los animales enseñarán a sobrevivir como si no lo fuera.

Mowgli fue llamado así, aunque su nombre era Nathoo, porque *Mowgli* significa «la rana», ranita sabia en el mejor de los casos, pero pequeño e indefenso como el batracio en cuestión. Quienes le ayudarán a defenderse, a pensar, a vivir, serán sus amigos los animales. Ellos marcarán para el cachorro un itinerario filosófico y un plan para su existencia.

Hay animales desagradables, claro, como entre los humanos. Los Bandarlog (los monos) son perezosos, vocingleros, dominados por la mala intención. Toda la selva los desprecia.

Y hay un animal vengativo, traidor, lleno de envidia y cuya violencia es cruel y no defensiva. Es Shere Khan, el tigre. Un hombre, perdón, un tigre cojo que persigue a Mowgli, y al que Mowgli derrotará al final del libro.

A la historia del muchacho salvaje se unen, en el primer *Libro de la selva*, otras historias de diferentes lugares y distintos protagonistas. En todas ellas,

los animales siguen teniendo importantes papeles. La primera es la de «La foca blanca», que ocurre «en un lugar llamado Novastoshnah, o Cabo del Nordeste, en la isla de San Pablo, allá por el mar de Bering». También hay una criatura malvada, «La ballena asesina». Y también, como en cada capítulo del principal relato, el de Mowgli, hay canciones: *La nana de la foca* y «la gran canción que todas las focas de San Pablo cantan en alta mar cuando vuelven a sus playas en verano. Es una especie de himno nacional de las focas, y es muy triste». Se llama *Lukannon*.

La siguiente historia se titula «Rikki-tikki-tavi», que es el nombre de una mangosta. Sucede en la India, una de las dos patrias de Kipling, y Darzee, el pájaro tejedor, cierra el texto con una canción en honor de Rikki-tikki-tavi, «la valiente, la de los ojos tan vivos».

Continúa *El libro de la selva* con «Toomai, el de los elefantes». No nos hemos marchado de la India. En este relato tiene un protagonismo tan importante como el del pequeño Toomai, un elefante con

nombre de serpiente, Kala Nag. La madre del muchacho canta al final una canción sobre el dios Siva y un saltamontes.

El último capítulo honra a varias clases de animales. Son «los servidores de su Majestad», que también es el título del cuento. Y aquí las sufridas bestias hacen parecido papel al de los soldados de siempre, tan queridos por Kipling. Al servicio del Imperio. Finalmente, cada grupo tiene su propia canción en el desfile: los elefantes que arrastran los cañones, los bueyes que esquivan las balas, los caballos pulidos y elegantes, los mulos de las baterías de montaña... y los camellos que cantan diciendo que no tienen canción propia. Luego, todos los animales juntos terminan diciendo:

«Todos somos hijos del campamento
y todos ayudamos en su momento.
Hijos somos del yugo y de la albarda,
del arnés, la aguijada y de la carga.»

No hay duda de que los animales o los hombres en la obra de Rudyard Kipling conforman la misma cosmogonía. Una visión del mundo soñada por un caballero recluido en un *cottage* de Nueva Inglaterra.

Una obra inclasificable

Trabajaba entonces el autor en un amplio gabinete —dentro de su casa americana *Bliss cottage*, a la que le había llevado la vida viajera con su esposa— y desde una ventana parece que contemplaba un espectáculo estimulante y tranquilizador: nieve durante la mitad del año, por lo menos. Influidor por una lectura de su amigo R. Haggard, y por el recuerdo de otra, en su infancia, sobre un viejo cazador de leones que acaba por hacerse amigo de ellos, empieza Kipling a producir las historias de Mowgli, y las que compusieron con ella sus libros «de la selva»...

Una obra que es sátira, es cantar de gesta, es música y poesía, es fábula sobre una selva que es el mundo. Pero, ¿es una novela? Los críticos lo han discutido. Algunos consideran que sólo escribió una, *Kim*, o quizá dos, si concedemos a *En tinieblas* el derecho a llamarse así. Realmente, no alcanza uno a comprender a qué otro género literario pue-



WALT DISNEY, EL LIBRO DE LA SELVA, GAVIOTA, 1986.

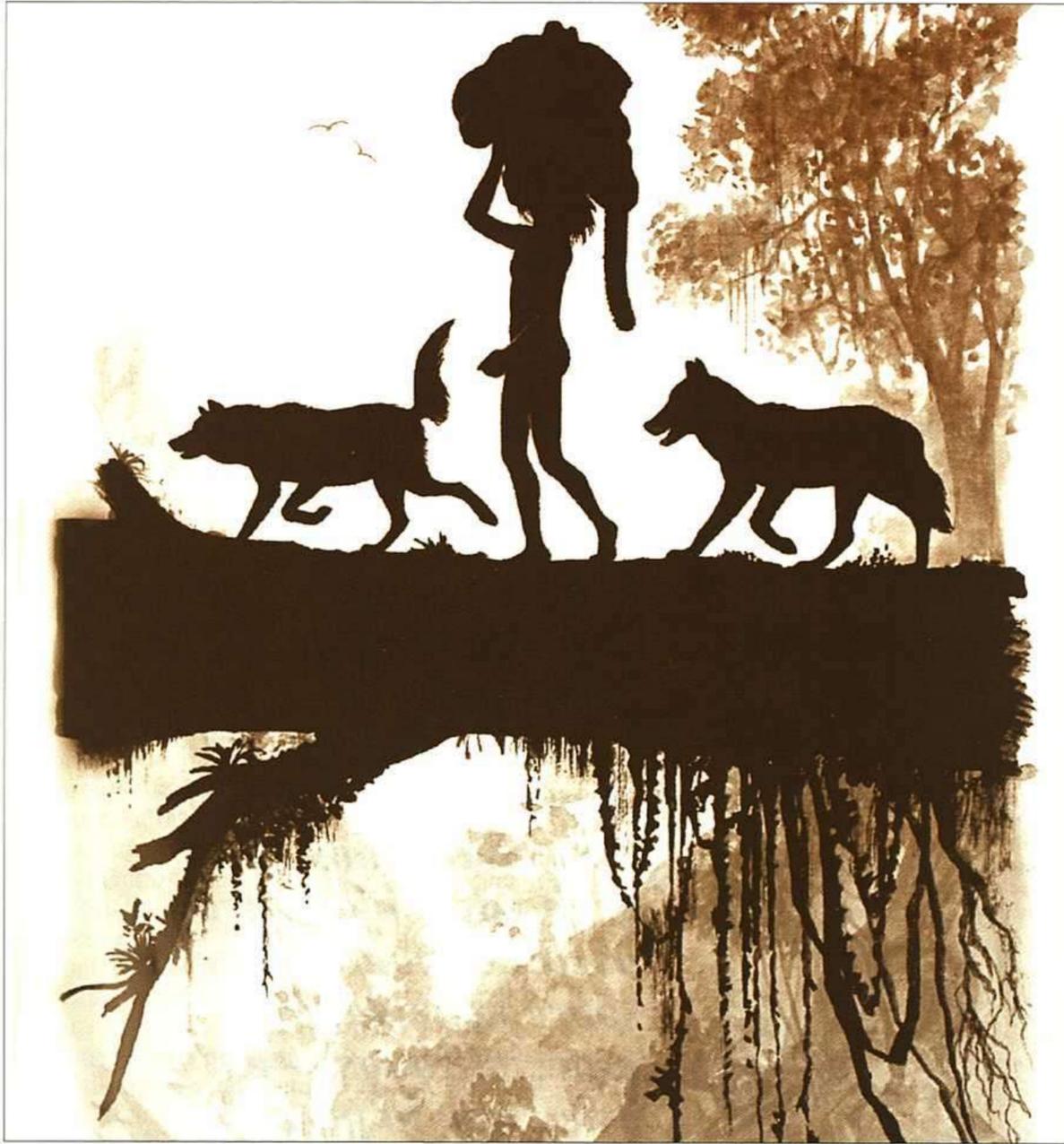
de adjudicarse *Capitanes intrépidos*, por ejemplo. Pero, ¿qué es *El libro de la selva?*, obra bastante inclasificable en realidad... si es que hace falta clasificarla y ponerle una etiqueta.

Los dos *Libros de la selva* son cuentos, pero el proyecto común, la estructura que los relaciona, el argumento propio y en evolución de la historia más importante, los aproximan a la novela. Por extensión no sólo física, sino por la extensión —valga la imagen— de su intencionalidad, por la articulación del *corpus* literario, por la complejidad de sus personajes... La historia central, la del aprendizaje, desarrollo y despedida final de Mowgli (consideramos el texto teniendo en cuenta ambos libros), que impregna de melancólica mirada atrás a toda la obra, viene acompañada, como ya hemos visto, en ambos casos, de otras

historias diferentes. Pero ello no debería influir negativamente en la consideración de estos textos como novela. Baste pensar nada menos que en Cervantes y en la mayoría de los llamados *cervantinos* ingleses: Fielding y Sterne, por ejemplo.

El caso es que, si resulta posible desgajar un relato del conjunto para satisfacer el capricho lector o para incluirlo en antologías, no será lo mismo que si juzgamos cualquier otro relato de Kipling de los que sí son independientes. Todos los capítulos, tanto del primero como del segundo *Libro de la selva*, incluso los que no corresponden a Mowgli, pertenecen a un engranaje común. El que le dictó su *daimón* personal, quisieron luego llamarlo como quisieran los que estudian o discuten estructuras.

Daimón es una palabra griega que ex-



CHRISTIAN BROUTIN, EL LIBRO DE LA SELVA, SM, 1996.

presa la creencia en un efecto proveniente de una potencia superior. Según Homero, se trata de una divinidad que puede ser bienhechora o funesta. En Hesíodo, un ser intermedio entre los dioses y los hombres. Para Pitágoras, un alma en suspenso en el aire. Platón habla de «demonio asesor».

Rudyard Kipling, en su peculiar, póstuma e incompleta autobiografía, nos cuenta lo siguiente: «Después de aquella experiencia [Kipling se refiere a las condiciones de inspiración en que escribió, colaboró con su familia, el magnífico cuento «La rickshaw fantasma»], aprendí a apoyarme en mi *daimón* y a reconocer los síntomas de su proximidad. Sentía en mí la presencia de ese *daimón* cuando escribía los *Libros de la selva*, *Kim* y los dos libros sobre Puck, y ponía buen cuidado

en andar sigilosamente para que no se retirase. Sé que no me abandonó, pues lo proclamaron por sí mismos estos libros, una vez terminados, casi con el chirrido de la espita que se cierra... Cuando vuestro *daimón* lleve las riendas, no tratéis de pensar conscientemente: id a la deriva, esperad y obedeced.»

De aquí a André Breton y los surrealistas faltaban pocos pasos.

Surgen las imitaciones

Una última referencia anecdótica a alguna de las secuelas de estos dos libros, cuyo primer volumen, totalmente autosuficiente, puede leerse por sí solo, como habrá advertido el lector si ya lo ha hecho. En la ironía de la declaración no es

fácil distinguir el perdón de la denuncia, el humor comprensivo del vitriolo. Volvemos a copiar de su autobiografía: «... Y, si podéis, soportad serenamente a los imitadores. Mis *Libros de la selva* engendraron tal cantidad, que podrían formarse con ellos verdaderos parques zoológicos. Pero el genio de los genios fue uno que escribió una serie titulada *Tarzán de los monos*. Lo leí, mas lamento no haberlo visto en película, donde brama con mayor éxito. Es como si hubiera adaptado al jazz el tema de mis *Libros de la selva*, y supongo que se divirtió de veras. Según me informaron, dijo que quería ver hasta qué punto era capaz de escribir un libro malo y “sacar el mayor provecho”, lo cual es una ambición perfectamente lícita.»

No compartimos la opinión de Kipling —ni la supuesta opinión del propio Edgar Rice Burroughs— sobre la maldad de las novelas de Tarzán, que, en su más modesto nivel popular, todavía sigue bramando. Pero queda como ejemplo de la indudable huella que la historia de Mowgli ha dejado en tantos lectores. Y los imitadores, soportados serenamente o no, al imitar realizan casi siempre un acto de amor.

Confieso mi amor mágico por el libro, aunque no me haya atrevido a convertirme en uno de sus imitadores. Mowgli, el tigre perseguidor, la valiente mangosta, los lobos y la noche inmensa de la selva, han acompañado parte de mis sueños desde que tuve la fortuna de descubrirlos. Este libro pertenece a la familia de los más inolvidables.

Kipling asegura que nunca apreció mucho los sueños como experiencias psíquicas, aunque relata algunos que tuvo y no consiguió olvidar. Es maravilloso que haya impreso en sus lectores la misma fijación con algunas de sus obras. El querido *Kim*, algunos relatos perfectos, y los *Libros de la selva*. Esta gran obra, presidida, entre otras sombras deslumbrantes, por la sabiduría de una pantera negra. Que sé, ya para siempre, que permanece agazapada en el fondo de mis sueños. ■

*Juan Tébar es escritor y crítico literario.

Nota

Este artículo se publicó como Apéndice en *El primer libro de la selva* y *El segundo libro de la selva* (Anaya, 1988).